

RIQUEZA Y POBREZA EN SAN AGUSTÍN

FRANCISCO GALENDE, OSA

El problema de la riqueza y la pobreza, de los ricos y los pobres, fue denunciado con dramatismo por la filosofía marxista, y asumido hasta la violencia por el comunismo histórico. A él se refirió reiteradamente el concilio Vaticano II. Posteriormente, lo analizaron los Documentos del Episcopado Latinoamericano y otros documentos de la Iglesia. Como consecuencia, vivimos una larga etapa histórica de denuncias, reclamos, confrontaciones y hasta violencia, que dejaron mucha sangre en el camino y no pocos mártires. Las tensiones se han ido apaciguando, poco a poco, quizá más que nada por cansancio y hastío. Al viejo capitalismo, más o menos controlado por los estados, le sucedió el *neoliberalismo competitivo* y la *globalización económica*, que, tras la caída del comunismo, han podido desenvolverse sin excesivas trabas.

El problema de la pobreza y los pobres puede parecer a muchos, "dormido", porque la etapa de tensiones violentas se ha apaciguado; pero subsiste y se agrava alarmantemente. Los analistas y organismos internacionales reconocen que el rumbo emprendido por nuestra sociedad avanza hacia un hecho insoslayable: que el poder y la riqueza se irán concentrando, cada vez más, en manos de menos personas, mientras aumentarán progresivamente las masas desposeídas.

En nuestros días, según datos de la ONU, el 20% de la población mundial acumula el 85% de la riqueza que produce el planeta. Lo que significa que el 80% de los habitantes de la tierra ha de contentarse con el 15% de los bienes que produce el mundo (datos de la ONU, 1996. *Cristianismo y Justicia*, n. 142). Significa que estamos construyendo una sociedad "explosiva" o, en términos de Erich Fromm, una sociedad enferma o patológica (cf. *Diagnóstico de la Sociedad Contemporánea*).

Queremos volver la vista a san Agustín para conocer la situación social de su tiempo, y saber cómo iluminó y abordó este problema desde su condición de obispo y pastor.

EL MUNDO EN QUE VIVIO AGUSTÍN

Las provincias romanas del Norte de África fueron consideradas el "granero de Roma", por su abundante riqueza agrícola: extensos campos de cereales, olivares y viñedos. Disponían, también, de buenas canteras de mármoles y contaban con una importante industria textil. No obstante, Agustín mismo se refiere reiteradamente a la pobreza reinante en su región. Acomodados funcionarios romanos y ricos hacendados poseían fincas que, igualaban, a veces, la extensión de una ciudad: hasta ciento cincuenta mil hectáreas. La mano de obra fácil era la multitud de esclavos y colonos, mal pagados. Los pobres carecían de tierras y muchos de ellos de trabajo. Entre los menos desafortunados estaban los agricultores, ganaderos, herreros o carreteros, y obreros mano de obra barata. (cf. HAMMAN, A.G., *La vida*

cotidiana en África del Norte en tiempos de San Agustín, FAE-OALA, Iquitos-Perú, 1998).

La situación de los esclavos en el siglo IV había mejorado notablemente respecto del siglo anterior y la Iglesia promovía su liberación. Una gran hacendada –Melania– y su esposo, cristianos comprometidos, pusieron en libertad, de una vez, a más de ocho mil esclavos antes de salir de África. Y del subdiácono Valente, afirma san Agustín: “tiene todavía algunos esclavos, pero en común con su hermano. Aún no se ha hecho el reparto. Tiene pensado darles la libertad, pero no puede antes del reparto” (*Sermón* 356, 3).

Muchos esclavos, sin embargo, ocupaban altos puestos en las casas de sus señores: funcionarios, ecónomos, pedagogos de sus hijos, guardianes de la caja de caudales (*Comentarios a los Salmos* 17, 13). La nodriza era parte de la familia (*Comentarios a los Salmos* 49,27). Frecuentemente, eran sirvientes de la mesa o mozos de baño. Pero también era habitual la inhumanidad: las fugas y motines se castigaban duramente con tormentos corporales. Se encontraron esposas de esclavos con esta inscripción tatuada: “*Agárrame, me he escapado; devuélveme a mi amo*”. En un esqueleto se encontró un collar de plomo con esta leyenda: “*Adúltera, meretriz. Agárrame: he escapado de Bulla Regia*”. Muchos esclavos habían sido niños vendidos por sus propios padres para pagar sus deudas (cf. A. G. Hamman, o.c. p.160-161).

LA ACTITUD DE SAN AGUSTÍN FRENTE A LA REALIDAD SOCIAL

No podemos esperar que San Agustín, necesariamente condicionado por el momento histórico en que le tocó vivir, nos ofrezca un análisis científico de las causas profundas que originan la pobreza en el mundo. La sociología, como estudio con métodos científicos de la sociedad humana, es una ciencia moderna. Pero es claro que tras del hecho social de ricos que nadan en la abundancia y el derroche, y pobres que carecen hasta de lo indispensable para subsistir, hay *pecado* de por medio. La Conferencia Latinoamericana de Puebla lo llamó *pecado social*; es decir, de sistema socio-económico, y no sólo de determinados individuos.

Las causas del desequilibrio *riqueza-pobreza* pueden ser, ciertamente, muy diversas: No faltan pobres, afirma Agustín, que lo son por pereza, negligencia o mala administración (*Sermón* 164, 5); muchos son ricos “porque nacieron de padres ricos”, y otros pobres porque heredaron la pobreza (cf. *Sermón* 61, 10). Hay quienes quedaron reducidos a la pobreza, porque un rival les arrebató sus bienes (cf. *Sermón* 14,8), o bien porque se quedaron huérfanos (Ibidem, 14,10). Pero la causa fundamental de que existan pobres es la avaricia de los ricos (cf. *Sermón* 164,5), tanto en los medios utilizados para acumular riquezas, como en el afán de administrarlas sólo en provecho propio.

San Agustín suplica reiteradamente a sus fieles la piedad, la colaboración y la limosna a favor de tantos desposeídos. Pero no ahorra sus expresiones duras hacia quienes disfrutaban riquezas mal adquiridas, los que

se dejan llevar del afán de acumular, de la ambición, la avaricia, la usura, y los que se niegan a compartir sus bienes con los necesitados.

En cuanto a los esclavos, lamenta el hecho de que, mientras muchos de ellos, puestos en libertad, vagan por las calles pobres y harapientos, otros que siguen en las casas de sus señores, disfrutan de lo necesario (Sermones 159,5 y 356, 4,5). Muchas veces, por ello, fueron los propios esclavos los que se opusieron a su liberación: la esclava que ha sido ama de casa por cincuenta años no considera ventaja que la pongan en la calle, bajo pretexto de recuperar la libertad. Evidentemente, se necesita un proceso: Cuando desde siempre se negó a un ser humano toda formación y promoción como tal, no se siente verdaderamente libre por el mero hecho de dejarlo a su arbitrio, de la noche a la mañana. Hay un modo de reducir a un ser humano a eterna esclavitud si se le niega el derecho a equiparse debidamente para la libertad.

En todo caso, Agustín clama contra todo inhumanismo: "Un cristiano no debe poseer un esclavo como posee un caballo o la plata, aunque suele suceder que el esclavo tenga menos precio que el caballo y mucho menos que algún objeto de oro o plata" (*El Sermón de la Montaña* 1, 19,59). Ve con inmensa tristeza el hecho frecuente de la venta de esclavos, particularmente de niños, en el puerto de Hipona, y organiza a sus fieles para el rescate de los más posibles. Así lo cuenta a su amigo y colega obispo Alipio, en la carta décima, entre las descubiertas en 1981:

"Yo (Agustín), aun si lo quisiera, no podría hacer una lista con todos los crímenes cometidos por los mercaderes de esclavos, aquí en África. Te daré solamente un ejemplo por el cual podrás juzgar lo que está sucediendo por África, y a lo largo de sus playas. Unos cuatro meses atrás, había gente traída de diferentes lugares, especialmente de Numidia, para ser deportados desde el puerto de Hipona. Esto era hecho por los Gálatas, puesto que son ellos solamente quienes, por su codicia, se embarcan en tales negocios. Un miembro de nuestra iglesia fue avisado de esto y, conociendo nuestra política de ayudar con dinero en tales circunstancias, trató de ponerse en contacto con nosotros. Por esos días no me encontraba en Hipona. Pero inmediatamente nuestros fieles liberaron a ciento veinte personas, algunos desde el barco donde ya estaban embarcados; a otros de las prisiones donde los tenían escondidos antes de embarcarlos. De estos excarcelados, unos cinco o seis habían sido vendidos por sus padres..." (*Carta* 10, 7-8).

SER RICOS O POBRES, LIBRES O ESCLAVOS ¿CONDICIÓN "NATURAL" O DESORDEN HUMANO?

La existencia de ricos y pobres, libres y esclavos tiene una historia tan larga como la del hombre mismo. Y aquello que ha existido siempre, o cuenta con una larga tradición, terminamos por asumirlo como un hecho natural que ocurre *porque así tiene que ser*. Ser ricos o pobres, libres o esclavos sería *condición natural* de una y otra clase de seres humanos: Unos nacen ricos o pobres, libres o esclavos, de "sangre azul" o de sangre vulgar, como otros nacen varones o mujeres, negros o blancos. De hecho, la esclavitud fue vista,

durante siglos, como cosa tan normal, que hasta muchos obispos y sacerdotes tuvieron esclavos a su servicio. También los tuvieron algunos clérigos de Agustín, si bien en proceso de liberación (cf. *Sermón 356*).

Agustín se opone decididamente a esta visión de las cosas: Es claramente injusto un orden social en el que unos abundan en bienes hasta el derroche mientras otros se mueren de hambre, unos dominan con más poder y otros son dominados, unos gozan de libertad y otros han de estar sometidos a dura esclavitud: “Dios no ha querido que el hombre domine al hombre, sino el hombre a las bestias”. Toda opresión, por ello, es resultado de un pecado, no de la naturaleza. (*La ciudad de Dios 29,15*). En cuanto a los bienes, “Dios da el mundo al rico lo mismo que al pobre” (*Sermón 39,4*); y “nos da de todo con abundancia para que lo disfrutemos: bienes temporales y eternos” (*Ibíd.*, 39,11).

No es cierto que los seres humanos, en cuanto seres humanos, hayamos nacido *diferentes*. Ricos y pobres son iguales como hombres. Nada trajeron al mundo y nada se llevarán de él; cuando abrimos un sepulcro antiguo, no hay manera de distinguir los huesos de ricos y pobres (cf. *Sermón 61, 8-9*). En relación con la parábola de Epulón y Lázaro, comenta: “Los dos eran ciertamente hombres, hombres de carne y mortales, pero no eran iguales. La naturaleza era la misma, pero el modo de vida no. Ninguno de ellos está libre de condición mortal y, sin embargo, uno banquetea espléndidamente y el otro aparece todo asqueroso, envuelto en andrajos y miseria” (*Sermón 367,1*).

Sin lugar a dudas, el desequilibrio extremo en la posesión de los bienes de la tierra, como lo ha sido la existencia de libres y esclavos, es *antinatural*, y nada tiene que ver con el proyecto de la creación de Dios. San Agustín apunta a la raíz generadora de este desequilibrio, al insistir, como solución, en la necesidad de *compartir los bienes*. Fuimos creados a imagen del Dios Trinitario para vivir, como Él, en comunión. Pero hemos preferido el individualismo. En cuestión de bienes, lo llamamos *propiedad privada*, que por múltiples razones sería legítima si fuera *solidaria*, pero no la de corte individualista que afirma: “¡Estos bienes son míos y puedo hacer con ellos lo que me agrade!”.

Agustín aborda el tema en su obra *Comentario literal al Génesis* explicando todo el trasfondo de la avaricia: Es ésta, en definitiva, una desviación *del amor común* al *amor propio*, que, en lengua latina, se dice *privado*, que resulta el menoscabo, más bien que el incremento; es decir, “toda avaricia hace disminuir”, no crecer, la vida humana. Y por ello “la raíz de todos los males es la avaricia” (*Comentario literal al Génesis 11,15,19*).

¿CARIDAD O JUSTICIA?

La necesidad de dar limosna a los necesitados ha sido un apremio constante, tanto en la Palabra de Dios como en la religiosidad cristiana. También en san Agustín. La hemos asociado a la *caridad*, palabra excelsa que, en su sentido bíblico, expresa el amor más elevado con que podemos amarnos como nos ama Dios, pero que hemos empequeñecido, limitándola a

hacer caridad no por obligación, sino *por devoción*. Entendemos, entonces, que hacemos caridad porque somos buenos y Dios nos lo pagará; pero no dejamos de serlo, cuando no hacemos caridad, puesto que de lo que es *mío* puedo disponer libremente.

San Agustín no piensa así. El compartir los bienes –lo que hoy llamaríamos *dimensión social* de los propios bienes– es para él un deber de justicia, no de simple caridad. Tanto más cuando esa acumulación de bienes oculta injusticias manifiestas: engaño, corrupción o sueldos de hambre, sin que éstos últimos queden justificados porque son *legales*. ¿Qué orden justo – podríamos preguntarnos hoy– puede justificar el hecho de que mil doscientos obreros gasten, durante años, su vida en servicio a la empresa, sin salir jamás de su pobreza, mientras los dueños de la misma se convierten en multimillonarios? Muchos grandes ricos son, en efecto, limosneros. Pero san Agustín se pregunta si no tratan de tapar con *caridades* los huecos de injusticia en que se han cimentado sus riquezas.

Las palabras de Agustín, en este tema, hablan por sí solas y sin necesidad de comentario. Transcribimos, sin más, algunas de sus gráficas sentencias:

- "Las cosas superfluas de los ricos son las necesidades de los pobres. Cuando se poseen bienes superfluos, se poseen bienes ajenos" (*Comentarios a los Salmos* 147,12).
- "Todo lo que se posee mal es ajeno. Y posee mal quien usa mal. Ya ves cuántos son los que deben restituir lo ajeno" (*Carta* 153,26E1).
- "No dar al necesitado lo que sobra, es una especie de robo" (*Sermón* 206,2).
- "Hay quienes roban lo ajeno, y de lo robado dan limosna a los pobres, pensando que así cumplen lo mandado... Pero no es posible sobornar al juez, Cristo, de modo que sólo os oigo a vosotros, y no a los pobres a quienes se lo arrebatasteis...No hagáis limosna con el dinero procedente de la usura" (*Sermón* 113,2).
- "No hay cosa más perversa que querer enriquecerse a costa de la pobreza ajena" (*Sermón* 359, 2)
- "Si das limosna para poder seguir pecando impunemente, no sólo no alimentas a Cristo, sino que intentas sobornarle en cuanto juez" (*Sermón* 39,6).

PARA EL DIÁLOGO

- Hay ricos *riquísimos* y pobres *pobrísimos*. En el sentir generalizado, ¿cuáles son las razones principales de que los ricos sean ricos y los pobres sean pobres?

- El mundo ha cambiado mucho con el progreso. ¿Qué diferencias ves tú entre los pobres de nuestro mundo progresista y los pobres del tiempo de san Agustín y de épocas pasadas?
- Según san Agustín, no basta *hacer caridades* si encubren *injusticias*. ¿Qué injusticias puede haber en la acumulación multimillonaria de muchos ricos actuales?

¿SON, ACASO, MALAS LAS RIQUEZAS?

El lenguaje de san Agustín sobre las riquezas y los ricos, así como algunas expresiones del Evangelio (*Mateo 19,23-24*), parecen llevarnos a la conclusión de que ser pobre es una bendición de Dios y ser rico una maldición; de que la pobreza –carencia de bienes– es un bien, y las riquezas un pecado. Agustín es muy consciente de las limitaciones de nuestro lenguaje que sólo logra expresar la verdad en fragmentos, y no en su totalidad, y sale al paso de posibles malentendidos.

Los bienes materiales –las riquezas– son “dones de Dios”, en sí mismos, y ojalá nunca faltasen a nadie en nuestra sociedad. Los necesitamos como medio indispensable para vivir dignamente y lograr nuestros objetivos, incluso espirituales. El progreso es indiscutiblemente mejor que el subdesarrollo. Así pues, “no desaparezcan los bienes de la sociedad; existan, pero sea bueno el uso de los mismos... Son bienes, pero requieren gente buena” (*Sermón 311, 11*).

El mal y el pecado no está, pues, en las riquezas mismas, sino en su uso y en el modo de poseerlas. “Cuando veis a los ricos malos, ¿pensáis que las riquezas son malas? Las riquezas en sí no son malas; son ellos. Las riquezas son dones de Dios” (*Sermón 15 A, 5*). Y existen ricos buenos y pobres malos, como existen ricos malos y pobres buenos: “El santo Job... bendijo al Señor en sus riquezas, haciendo con ellas todas aquellas obras buenas que aparecen en su libro: dio pan al hambriento, vistió al desnudo, acogió al peregrino, llevó a cabo todas aquellas cosas en que los ricos emplean sus riquezas” (*Sermón 15ª, 5*). De igual modo, Abrahán era rico en bienes materiales, pero no soberbio ni avaricioso: era humilde, desprendido, dispuesto a renunciar hasta a su propio hijo (cf. *Sermón 14, 4*; y *113 A, 6*). Hoy podríamos añadir que, en el santoral de la Iglesia, hay muchos santos que fueron pobres, pero no han faltado los santos que fueron ricos y, gracias a serlo, llevaron a cabo una generosa acción de solidaridad y apoyo con los más necesitados.

En resumen, el mal no está en las cosas exteriores, sino “en el corazón del hombre” (*Mateo 15,19*). Sin embargo, Agustín parece sentirse incómodo subrayando este hecho, por temor a que algunos justifiquen, sin más, su avaricia: “No diga el rico que he defendido su causa, no diga que he querido ser un consolador... No tema las riquezas, sino el vicio; no tema la abundancia, sino la avaricia; no tema la posesión, sino la ambición” (*Sermón 299 E, 5*).

LAS RIQUEZAS SON MEDIOS, NO METAS PARA NUESTRA VIDA

La justa apreciación de las cosas se distorsiona cuando olvidamos que “somos caminantes, peregrinos en ruta” (*Sermón* 169,15,8), con una meta final por delante que, en definitiva, es la vida plena en Dios. Y la distorsión consiste en olvidarnos de la Meta y convertir en meta los valores que se nos han dado para el camino. Cuando somos conscientes de nuestra condición de *caminantes* y nuestra vida está centrada en la meta, entendemos fácilmente que el exceso de *equipaje* –las riquezas desmedidas– pueden convertirse en un estorbo más bien que en un medio para avanzar.

San Agustín desarrolla ampliamente este tema en una de sus luminosas distinciones: los *valores de uso* y los *valores para el gozo* (cf. *En camino con san Agustín*. Fraternidades Agustinianas Seculares, Pubblicazioni Agostiniane, Roma 2001, p. 52).

“Unas cosas sirven para gozar de ellas, otras para usarlas, y algunas para gozarlas y usarlas. Aquellas con las que nos gozamos nos hacen felices; las que usamos nos ayudan a tender hacia la bienaventuranza y nos sirven como de apoyo para poder conseguir unirnos a las que nos hacen felices. Nosotros que gozamos y usamos nos hallamos situados entre ambas; pero si queremos gozar de las que debemos usar, trastornamos nuestro tenor de vida y algunas veces también lo torcemos de tal modo que, atados por el amor de las cosas inferiores, nos retrasamos o nos alejamos de la posesión de aquellas que debíamos gozar una vez obtenidas” (*La doctrina cristiana* 3,3).

Y explica qué es realmente *usar* y *gozar*: “Gozar es adherirse a una cosa por el amor de ella misma”. Es decir, convertirla en centro y meta de nuestro interés. En cambio “Usar es emplear lo que está en uso para conseguir lo que se ama” (Ibidem, 4,4). Y pone Agustín el ejemplo del que se encuentra lejos y anhela regresar pronto a su patria que añora y ama. Pero si se entusiasma con las bellezas que encuentra en el camino, termina por quedarse en el camino, olvidando la patria que le haría feliz (Ibidem).

La comparación, en todo caso, se queda corta, pues alguien podría decir que, a fin de cuentas, lo mismo da vivir en una parte que en otra para lograr la felicidad. Pero en nuestra vida, todos avanzamos indeclinablemente hacia una meta, que comúnmente expresamos como *la muerte*. Y en ella encontraremos, bien la *patria feliz*, bien la frustración de nuestra existencia, según hayamos hecho el camino. Quien puso su corazón en las riquezas descubrirá al fin que pudieron proporcionarle placer y entretenimiento, pero no la *felicidad*. Ésta debió conseguirse *usando* e invirtiendo las riquezas en valores superiores a ellas mismas. En lo que se refiere a bienes materiales, “nada trajiste a este mundo (al nacer) –afirma Agustín– y nada te llevarás de él (al morir)” (*Sermón* 61, 9),

LOS "RIESGOS" DE LAS RIQUEZAS

La indigencia de los pobres no es buena. Pero tienen a su favor que, en su pobreza, viven fácilmente la conciencia de que todos necesitamos de todos; de que no podemos realizarnos plenamente desde nuestra sola individualidad; de que necesitamos la solidaridad de los demás y vivir en comunión; y, en definitiva, que necesitamos de Dios. En cambio, quien posee bienes superabundantes tiene el riesgo de creer que tiene todo cuanto puede desear; que todo lo puede *comprar* con su dinero; que no necesita nada ni de nadie, ni siquiera de Dios. No siempre ocurre así, tanto entre los pobres como entre los ricos, pero esa es la tendencia más generalizada.

La abundancia de riquezas produce siempre un espejismo: que con ellas se tiene siempre asegurado cuanto se puede desear. Y son pocos los ricos que, precisamente porque no les falta nada, han hecho al fin el gran descubrimiento: que todas las riquezas del mundo no son suficientes para hacer a un ser humano verdaderamente feliz. Porque son escurridizas y lábiles como un sueño: "esta vida es un sueño y las riquezas son escurridizas como los sueños"; y estrechan además el corazón (*Sermón 107, 5*). Son falsas, pues "las verdaderas riquezas son aquellas que, una vez poseídas, no podemos perder" (*Sermón 113,5*). Son insaciables, pues dejando tantos vacíos en el corazón, el rico se hace la vana ilusión de que teniendo más y más llenará por fin esos vacíos, lo que da lugar a la *avaricia*. "Sólo la avaricia de los ricos es insaciable: siempre están acaparando y nunca se sacian" (*Sermón 367,1*).

En definitiva, todo rico no es sino un mendigo. Mendigo de una plenitud y felicidad que no encuentra en sus riquezas. Sin saberlo, está anhelando a Dios, el único que puede dar pleno significado a nuestra vida: "Por rico que sea uno en la tierra, siempre es mendigo de Dios" (*Sermón 56,9*). Los pobres, además, pueden percibir y disfrutar de realidades ocultas para los ricos: "Es más grande un pobre contemplando el cielo estrellado que un rico contemplando el techo adornado de oro" (*Comentarios a los Salmos 127,16*).

LA POBREZA DE LOS POBRES ES UN MAL. LA POBREZA EVANGÉLICA ES UNA VIRTUD

"*Dichosos los pobres*", dice San Lucas (*Lucas 6,20*); "*en el espíritu*", añade San Mateo (*Mateo 5, 3*); "*pues de ellos es el Reino de los cielos*", afirman los dos. En una lectura superficial del Evangelio pareciera que el tener cerrada o abierta la puerta del Reino es cuestión de tener o no tener bienes terrenos. Lo que entrañaría una contradicción en la Palabra Bíblica: por una parte nos amonesta a compartir lo que tenemos con los necesitados (limosna); pero si respondiéramos debidamente a esta llamada, haríamos que dejaran de ser *necesitados* y, por ello, también *bienaventurados*. ¡Y les habríamos ocasionado un mal irreparable!

Nuevamente san Agustín cuida de aclarar bien las cosas. La carencia de los bienes necesarios para vivir con dignidad de seres humanos es, desde cualquier punto que se mire, un mal y una desgracia que debemos socorrer; nunca un bien. Los pobres son *bienaventurados*, no tanto por su carencia de bienes, sino por su vivencia profunda del hecho de que todos nos necesitamos, y todos necesitamos de Dios. Al mismo tiempo, por la predilección de Dios a favor de quienes son víctimas desvalidas de las injusticias humanas. En otras palabras, son *bienaventurados* en cuanto viven, no tanto la pobreza externa, cuanto la pobreza interior o *en el espíritu*. En contrapartida, Cristo afirma de los ricos: “¡Ay de vosotros, los ricos...” (*Lucas 6,24*), porque las riquezas conducen fácilmente al orgullo, la avaricia, la prepotencia, la dominación y la dureza de corazón. Es decir, anulan la *pobreza en el espíritu*. “Si quieres saber –dice Agustín– que la pobreza no es una desdicha, hay algunos pobres dichosos; si quieres saber que la pobreza no es la felicidad, hay ciertos pobres desdichados. Por lo tanto, el oro y la plata los distribuye a los hombres Dios, creador y administrador de todo, de modo que, en sí mismos, por su naturaleza y género, sean un bien, aunque no el sumo y supremo bien...” (*Sermón 50,5*).

Agustín, entonces, centrará su discurso en la llamada a todos –ricos y pobres– a vivir esta pobreza evangélica del desprendimiento, el desapego y la solidaridad en compartir lo que se tiene: el verdadero pobre de Dios lo es en el ánimo, no en el bolsillo (*Comentarios a los Salmos 131,26*). Implica tres virtudes fundamentales: no ser soberbio, sino humilde; no poner la esperanza en las riquezas y compartirlas con facilidad, para *ser ricos en buenas obras*. Para el rico que ha aprendido a ser pobre en el espíritu, sus riquezas se convierten en una bendición: “Si entra en acción la misericordia, ¿no da hospitalidad a los peregrinos, alimenta a los hambrientos, viste a los desnudos, ayuda a los necesitados, rescata a los cautivos, construye iglesias, restablece a los fatigados, calma a los amigos de pleitos, socorre a los náufragos, cura a los enfermos, repartiendo en la tierra riquezas temporales y escondiendo en el cielo las espirituales? ¿Quién hace esto? El misericordioso y el bueno. ¿Con qué lo hace? Con el oro y la plata” (*Sermón 50, 7*).

Es indudable que hay ricos pobres y humildes de corazón: “Alaba al rico humilde; alaba al rico pobre” (*Sermón 14,2*). Por el contrario, no faltan los pobres con espíritu de ricos. Son pobres por herencia, por falta de habilidad o por no haber encontrado la oportunidad de ser ricos; pero ambicionan serlo y viven resentidos por no serlo.”Oh pobre, sé tú también pobre, esto es humilde... Escúchame: sé verdadero pobre, sé piadoso, sé humilde. Si te glorías de tu harapienta y ulcerosa pobreza, porque tal fue el pobre (Lázaro) que yacía ante la casa del rico, atiendes únicamente a que fue pobre y no atiendes a ninguna otra cosa...” (*Ibidem, 14,4*).

En la clave de la interioridad, que es la que define la bondad y la maldad del ser humano, todos estamos llamados a ser ricos y pobres. Unos ricos en bienes de esta tierra, pero pobres y humildes por su fe y en su conciencia. Otros pobres en la tierra, pero ricos con las riquezas que les aportó la pobreza de Cristo. “Los buenos fieles son todos ricos; nadie se desprecie, aunque

sea pobre en la despensa” (*Sermón 36,4*). Y “tampoco son despreciados los ricos de este mundo; también a ellos los ganó con su pobreza quien, siendo rico, se hizo pobre por nosotros” (*Ibídem, 36,5*). “Seamos, pues, ricos y no temamos ser pobres” (*Sermón 14,11*).

COMO CRISTIANOS, ¿CUÁL ES NUESTRA ACTITUD?

El desequilibrio escandaloso entre ricos y pobres es un problema humano, no simplemente cristiano. “Existe un orden justo, que procede de la propia naturaleza humana”, declara Agustín (*La ciudad de Dios 29,4*). Cristo, sin embargo, ha iluminado los fundamentos y motivaciones más profundos para la construcción de una sociedad humana equitativa y justa. Está, en primer lugar, su mensaje central de la paternidad de Dios y de la fraternidad humana: “*Todos vosotros sois hermanos*” (*Mateo 23,8*). Su utopía de que todos seamos *Uno*, como el Dios Trinitario es *Uno* (cf. *Juan 17,21*), constituyendo una sola y única familia, en torno al mismo Padre (cf. *Mateo 23,9*), y “*un solo Rebaño bajo el mismo Pastor*” (*Juan 10,16*), sigue todavía pendiente de realización. Y lo seguirá estando mientras los seres humanos sigamos empeñados en mantener la discriminación entre amigos y enemigos, ricos y pobres, los que mandan y los servidores, los importantes y los que nada cuentan. Hasta el presente, sólo hemos logrado constituir *fraternidades cerradas*, o hermandades *isla*, en eterna confrontación.

Jesús escandalizó tanto en su mensaje como en su comportamiento. No resultó fácil digerir el hecho de que se mezclara, confraternizara, se solidarizara, muy especialmente, con los desheredados de la tierra, con los pobres, mendigos, tullidos y leprosos; con pecadores, herejes e, incluso, con los no creyentes. Y, para colmo, Él mismo fue un pobre entre los pobres. Su identificación con los más débiles fue tal que declara: “*Lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más humildes, conmigo lo hicisteis*” (*Mateo 25, 40*). Y san Agustín comenta: “Cristo está necesitado cuando lo está un pobre” (*Sermón 38,8*); “padece hambre en los pobres” (*Sermón 32,20*); y cuando se socorre al necesitado “un miembro de Cristo da a otro miembro de Cristo” (*Sermón 53A, 6*).

Basado en San Pablo (*1Corintios 12, 12ss*), san Agustín desarrolla ampliamente la realidad del Cuerpo Místico de Cristo, o *Cristo Total*. Todos constituimos ese Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo: “La unidad del Cuerpo de Cristo se congrega a partir de la diversidad de lenguas, es decir, reuniendo a todos los pueblos extendidos por todo el orbe de la tierra... El Espíritu nos conduce desde la multiplicidad a la unidad” (*Sermón 270,6*). Y existe tal vínculo entre todos los miembros, que ninguno puede atentar contra los otros sin terminar él mismo siendo afectado. Hecho que ha confirmado repetidamente la historia: Si los poderosos no tienen en cuenta a los débiles, antes o después terminan siendo víctimas de una sociedad convulsa.

En todo caso, no es posible ser cristiano, mientras se mantenga la insensibilidad y el inhumanismo con el débil y necesitado, porque Cristo mismo se da por aludido: “Aunque ya en el cielo, Cristo sigue padeciendo aquí...”

Cuando padece su Cuerpo, Él mismo ha dicho que padece... También en nuestro cuerpo, la cabeza está encima y los pies en la tierra. Sin embargo, cuando te dan un pisotón, ¿no dice la cabeza "me has pisado"? Nadie ha pisado la cabeza, ni la lengua. Están arriba, a buen recaudo; nada malo les ha sucedido. Sin embargo, porque de la cabeza a los pies reina la unidad, la lengua no se desentiende, sino que dice: ¡Me has pisado! Así Cristo" (*Sermón 137*, 1-2).

SAN AGUSTÍN, UN POBRE ENTRE LOS POBRES

San Agustín, predicador incansable en defensa de los pobres, fue siempre por delante con el testimonio de su vida. Se define a sí mismo como "un hombre pobre, nacido de pobres" (*Sermón 36*, 13). De haber sido ambicioso, su fama como profesor de Oratoria en la misma corte del Emperador, y más tarde su puesto de obispo, le hubieran facilitado una posición económica elevada. Sin embargo, su biógrafo san Posidio subraya su austeridad de vida hasta la estrechez y rehusando, por convicción, todo lujo en el comer y en el vestir.

"No es propio del Obispo guardar el oro y alejar de sí la mano del mendigo" (*Sermón 355*), predicaba Agustín. Y era coherente con este principio: "*Cuando estaban vacías las arcas de la Iglesia, faltándole con qué socorrer a los pobres, luego lo ponía en conocimiento del pueblo fiel. Mandó fundir los vasos sagrados para socorrer a los cautivos y otros indigentes, cosa que no recordaría aquí si no supiera que va contra el sentido carnal de muchos*", recuerda su primer biógrafo (*Vida de San Agustín escrita por San Posidio 24*). En el aniversario de su ordenación episcopal, sus invitados especiales eran los pobres (cf. *Sermón 339*, 4). A ellos se refería como "hermanos y compañeros de pobreza", "los que son pobres como yo" (*Sermón 14*, 2; *Sermón 339*, 4).

Con su testimonio por delante, no podían por menos de ser convincentes sus constantes llamadas: "no despreciéis a los pobres" (*Sermón 41*, 6), "pensad en los pobres" (*Sermón 25*, 8; *Sermón 122*, 6), "entregad a los pobres lo que habéis reunido" (*Vida de San Agustín escrita por San Posidio 24*). "Desde el momento en que salgo para venir a la iglesia y al regresar, los pobres vienen a mi encuentro y me recomiendan que os lo diga para que reciban algo de vosotros. Ellos me amonestaron a que os hablara. Y cuando ven que nada reciben, piensan que es inútil mi trabajo con vosotros. También de mí esperan algo. Les doy cuanto tengo; les doy en la medida de mis posibilidades" (*Sermón 61*, 13).

EL PROBLEMA DE LA RIQUEZA Y LA POBREZA EN NUESTRO TIEMPO

El problema de la riqueza y la pobreza extremas lo encontramos en cualquier etapa histórica que analicemos. Para san Agustín constituye uno de los males más graves de la sociedad, junto con el de los robos, la guerra y las muertes (*Sermón 113^a*, 11). Pero hemos de admitir que este problema se ha agravado, dramáticamente, en nuestro tiempo. Debido al progreso tecnológico,

la máquina ha ido desplazando, y desplazará más, la mano de obra humana; por lo que el capital irá quedando concentrado, más y más, en manos de un grupo minoritario de poderosos.

En épocas pasadas fueron pobres grandes masas de campesinos. Pero con duro trabajo lograron sacar a la madre tierra lo indispensable para vivir dignamente. Hoy los frutos del campo son cada vez menos valorados, sustituidos en buena medida por alimentos y productos artificiales; y por otra parte, la producción agrícola necesaria está en manos de personas o entidades con eficientes medios tecnológicos, con los que el campesino común no puede competir. Consecuencia de ello ha sido el éxodo masivo del campo a las ciudades, para ponerse en la larga cola de las oportunidades que no siempre llegan; y para muchos ha implicado abandonar la pobreza del agro para encontrar la *miseria* en la ciudad.

La esclavitud, en cuanto *propiedad* de unos seres humanos sobre otros, ha pasado felizmente a la historia. Pero no tanto. En realidad, la esclavitud ha cambiado, simplemente, de forma: Ayer los esclavos pertenecían a sus dueños y los *siervos de la gleba* a sus señores feudales. Pero éstos se hacían cargo de su necesaria subsistencia, alimentos, vestido, casa y medicinas. Hoy el obrero es supuestamente *libre*; pero si el sueldo de hambre que recibe no alcanza para llevar al niño al médico, el dueño de la empresa exclama: “¡Eso es problema tuyo, no mío!”. Peor aún, cuando ni siquiera se le ofrece, en parte alguna, un puesto de trabajo. Afirmar que un padre de familia de nuestros días, que ve a sus hijos anémicos y enfermos y su casa antihigiénica y ruinoso, impotente para afrontar la situación, es un hombre *libre*, resulta tristemente irónico.

El problema de la riqueza y pobreza, en nuestro tiempo, queda claramente reflejado en los datos estadísticos, publicados en la colección de *Cuadernos* y en página Web, bajo el título “*Cristianismo y Justicia*”. He aquí algunos de ellos:

SABÍAS...

- Que entre 1980 y 1993, las 500 operaciones más grandes del mundo suprimieron 4.4 millones de empleos, mientras multiplicaban sus ventas por 1.4, sus activos por 2.3, y los sueldos de altos ejecutivos por 6.1. (cf. Gaay Formtan, *Dios y las cosas*, p. 25).
- Que el interés de la deuda que el Tercer Mundo paga a los países industrializados es más del doble de la ayuda que recibe (cf. Gaay Formtan, *Dios y las cosas*, p. 23).
- Que los ingresos medios, por habitante del mundo, son 5000 dólares por año, mientras que mil trescientos millones de esos habitantes malviven con 365 dólares/año (PNUD 1997. cf. Gaay Formtan, *Dios y las cosas*, p. 24 y 139).

- Que la riqueza total de las 10 personas más ricas del mundo equivale a una vez y media los ingresos de todos los países menos desarrollados juntos? (PNUD 1996. cf. Gaay Formtan, *Dios y las cosas*, p. 139).
- Que "360 personas acumulan tanta riqueza como la mitad de la población mundial" (*Titulares de ABC*, 12 julio 1999).
- Que "el 4% de los ingresos de esas 360 personas resolvería los problemas de todos los pobres, y que la riqueza de tres de esas personas es igual al PBI de los 48 países más pobres del planeta" (*Titulares de ABC*, 12 julio 1999).
- Que Kofi Annan anunciaba en Ginebra que el número de pobres en el mundo se había duplicado desde 1974 (Cuaderno 103, Josep F. Maria i Serrano).
- Que, en la actualidad, se produce un 10% más de los alimentos que necesitamos para vivir toda la humanidad y, sin embargo, mueren de hambre 35.000 niños cada día (cf. R. Castel, *Les metamorphoses de la question sociale*, París, 1995). Y por lo menos otros tantos adultos. ¡No ha habido guerra que se acerque a semejante crueldad!.
- Que, en consecuencia, la economía está "organizada" de tal manera que produce, cada veinticuatro horas, por lo menos 70.000 muertos.
- Que el 20% de la población mundial acumula el 85% de la riqueza que produce el planeta. Lo que significa que el 80% de los habitantes de la tierra ha de contentarse con el 15% de los bienes que produce el mundo (datos de la ONU, 1996, *Cristianismo y Justicia*, n. 142).

Nos hemos apartado de tal modo de un orden social justo, que hoy muchos tienen la impresión de que las estructuras de poder y las generadoras de riqueza no pueden atenerse a normas morales si no quieren fracasar. Recientemente, en una entrevista televisiva, un político declaraba abiertamente: "*La Política es incompatible con la ética y la moral*". En el mismo sentido se repite hoy el aforismo: "*La religión es la religión y el negocio es el negocio*".

Hace unos años, un empresario colombiano, fervorosamente comprometido en un movimiento de Iglesia, quiso *cristianizar* su empresa subiendo los sueldos a sus obreros, compartiendo beneficios, asociando a los obreros a la empresa y humanizando el trabajo. El boicot de las empresas competidoras fue tal, que nuestro empresario cristiano quebró en muy poco tiempo. Cuando, tradicionalmente, hablábamos del *pecado*, pensábamos por sistema en las personas. Modernamente, el Papa Juan Pablo II (cf. *Sollicitudo rei socialis* 36) y los obispos latinoamericanos, reunidos en Puebla, no dudaron en hablar de *estructuras de pecado* (Puebla 281). Pero, eso sí, las *estructuras de pecado* no aparecen y se mantienen en el aire, al margen de los individuos. Son el resultado final de multitud de acciones y omisiones personales.

PARA EL DIÁLOGO

- A partir de la ideología marxista leninista vivimos una larga etapa histórica de confrontación violenta entre comunismo y capitalismo. Con la caída del comunismo, triunfó el capitalismo. ¿Crees que con el capitalismo disponemos ya del sistema ideal para el uso y distribución de la riqueza?
- ¿Qué principales fallos subrayarías en el *comunismo*, que pretendió la propiedad común de los bienes, y qué fallos señalarías en el *capitalismo* que defiende la propiedad privada?
- A la luz del mensaje de Cristo y del pensamiento de san Agustín, ¿qué cambios urgentes habría que realizar en nuestras estructuras económicas actuales y qué modelo ideal sugieres tú?